

Con elementos como los expresados, la interpretación de la afiligranada obra de Rossini nada dejaba que desear, esencialmente en las dos siguientes escenas. Aquella en que el Conde y el barbero ofrecían á Don Basilio una bolsa con dinero y le instaban para que se fuera á acostar haciéndole creer que la fiebre lo devoraba, y todo con el fin de que dejase el campo libre á los amartelados amantes.

No puede darse una escena más graciosa, ni una parodia más perfecta.

"Presto, presto, andate a letto," decía Figaro.

"Voi paura in ver mi fate," decía el Conde.

"Dice bene, andate, andate."

"Presto andate á reposar," insistía Figaro.

A todo esto Don Basilio reflexionaba primero:

—"Una bórsa... "andate a letto" para decir en conclusión: *Eh no son sordo.*

Non mi faccio più pregar.

Y se retiraba dando las buenas noches. La otra escena en que la parodia igualaba á la obra, era aquella en que Figaro al ejercer su oficio, jabonaba el rostro de Don Bartolo hasta los ojos para que, ofuscada su vista, no advirtiese el amoroso coloquio de Rosina y Almaviva, quien con el disfraz de maestro de música ocupaba el lugar del bueno de Don Basilio *qui reposaba nel letto.*

Como se ha visto, el atrevido Conde, mediante la ayuda del sagaz barbero, tan pronto suprimía al complaciente maestro de música, como pretextando la llegada de un regimiento, se presentaba ante el cándido de Don Bartolo, disfrazado de militar, esgrimiendo el sable é infundiendo en todos el espanto, particularmente en la vieja Berta que corría despavorida para librarse de los sablazos que en la ropa le propinaba el audaz Conde. Escenas eran estas en las que Santa Anna no conoció rival.

Las trazas que se daban los dos amantes con el auxilio del barbero, siempre vencían los escrúpulos de Don Basilio y de la pobre Berta, y se burlaban de la vigilancia del receloso tutor, y así marchaba la acción hasta el desenlace que preparaban los tres, cantando *zitti*,

zitti, piano, piano, non facciamo confusione, á pesar de lo cual los amantes, al emprender la escapatoria, eran sorprendidos por el tutor y gente armada; más como en tales momentos se descubría que Almaviva era el verdadero Conde, muy bien hallado con su hermosa Rosina, todos en la última escena quedaban contentos y satisfechos, menos, por de pronto, el lelo de Don Bartolo.

El buen éxito de la delicada obra de Rossini depende de la calidad de los actores que la desempeñan, y como los de antaño andaban á la greña, pretendiendo todos asumir el papel del Conde, seducidos por las gracias de Rosina, dicha obra resultaba casi siempre desastrosa, pero cuando aquellos estaban en el papel que les correspondía el desempeño de la obra nada dejaba que desear. A las escenas referidas síguense las que á bien tuvo Beaumarchais desarrollar en su segunda obra dramática "*Las Nupcias de Figaro*," más á causa de los caracteres inconvenientes de sus personajes, sólo admiten hoy la comparación con las del orden político, en lo que concierne á la situación relativa de los actores. Rosina ha ceñíndose la Corona de Condesa y aunque no faltan pajecillos que la enamoren, el esposo no debe inquietarse ni abrigar recelo alguno. Elevado éste á Gran Corregidor de un vasto territorio atiende á sus obligaciones y mira por la prosperidad del Corregimiento, al contrario del libertino aquel de la obra de Beaumarchais; Don Bartolo continúa ejerciendo la medicina, y Don Basilio dando sus lecciones de música; Figaro ha contraído sus esponsales con Susana, camarista de Rosina; y sólo la pobre Berta, aunque algo repuesta de las tundas que le dieron, padece aquellas hinchazones causadas por las ventosas que tan continuamente le aplicaron para cura de sus males, remedio peor que la enfermedad, pues ha trastornado su naturaleza, tanto que si con un ojo ve al Peñón, con el otro ve á Contreras, y si con una mano afloja la otra aprieta, y hay quienes aseguren que de ello tiene la culpa el maestro de música.

Todo esto te lo cuento, lector mío, muy en secreto.



XXV

LOS VITORES, LAS LUCES Y LAS PROCESIONES.

PRECEDIAN á determinadas funciones religiosas el *Vitor* y las verbenas conocidas con el nombre de *Las luces*.

Formaba el vitor un grupo numeroso de hombres, en su mayor parte muchachos, que con banderolas en grandes carrizos de hojas verdes, que llamaban *cañaverales*, recorrían las calles próximas al templo en que había de efectuarse la función titular. Esa bulliciosa agrupación iba delante de un carro engalana-

De las fiestas son sainetes
Cohetes;
Adornan casas y esquinas
Cortinas;
Quitán de noche capuces
Luces.
Vecindario que reluces
De Agustín en devoción,
Adorna tus casas con
Cohetes, cortinas y luces.



EL VITOR.

do, en cuya testera se veía, bamboleando, la escultura de un santo ó de la Virgen, rodeada de niños vestidos de ángeles. El objeto de tal vitor era el de invitar al vecindario para la compostura de las casas durante el día y su iluminación durante las noches del novenario, y para este fin varios individuos iban repartiendo en casas y tiendas invitaciones en versos disparatados é impresos en cuartillas de papel de diversos colores. Las invitaciones eran de este tipo:

¿No hay leña, carbón ni cisco?
¿O vivimos en Ginebra?
¿O aquí nunca se celebra
A Domingo ni á Francisco?
¿O no somos del aprisco
Del Patriarca San José?
¿O habrá de decirse qué
Somos no más unos rotos?
¿O habrán de ser más devotos
Ellos que nosotros, eh?

A la invitación hecha solamente al vecindario, se seguía la recolección de fondos para sufragar los gastos de las funciones de iglesia y de la procesión, ó, por lo menos, para ayudar á ellos, pues ha de tenerse en cuenta que no todos los templos disfrutaban de rentas pingües. Por tal razón en ciertos barrios, en unos más que en otros, andaban de puerta en puerta y de casa en casa de comercio, cualquiera que fuese la importancia de éste, los comisionados del templo, con alcancía ó con un gran plato de metal, recogiendo las limosnas y dando á trueque de ellas, las estampillas del santo de la fiesta, mal litografiadas, en tanto que, en las habitaciones hacían la colecta para el indicado objeto piadoso, dos religiosos, generalmente padre grave uno, y era el que hablaba con la oratoria persuasiva propia del caso, y lego el otro, portador de una bandeja de plata en que se echaba el dinero de las limosnas trocadas también por estampas ó por escapularios. Así pues, de habitación en habitación llenaban aquellos religiosos su cometido y muy satisfechos regresaban á su convento.

* * *

Al día siguiente del famoso vitor aparecían con cortinas algunos balcones, puertas y ventanas y pocos faroles encendidos por la noche, pero á medida que la fiesta del santo se acercaba iba notándose el incremento que adquiría la compostura de las casas y las iluminaciones, hasta el día de las vísperas en que llegaban á todo su esplendor, siendo de notar particularmente las escenas de las noches ó de las *luces*, como vulgarmente se llamaban á las verbenas, según se ha dicho.

Los vendedores de efectos determinados se instalaban, con licencia de la autoridad, en las esquinas y á orillas de las aceras, alumbrando sus puestos con rajás de ocote, que ardían en unos cajetes colocados sobre tripiés de toscos maderos.

Diversos eran, por demás, los puestos que obstruían las calles, como diferentes tenían que ser los gritos de los voceadores, tales como los siguientes:

LA FRUTERA que además de las naranjas, limas, plátanos y otras frutas que apilaba

en torno suyo, vendía otros artículos de comercio que se veían sobre los montones de fruta y los voceaba, unas veces, diciendo: *al buen condumbio* (condumio) *de cacahuete*, y otras: *un pan de alegría*, *una cuartillita*.

LA ELOTERA sentada en la guarnición de una acera mostraba sobre el empedrado su mercancía envuelta en un ayate y sobre el envoltorio, unas cuantas mazorecas vaporosas. No cesaba de gritar: *Aquí hay elotes calientes*, *niña*, *aquí hay elotes*.

LA VENDEDORA DE FIAMBRE, de pie tras de una mesa sobre la que se veían platos, ensaladeras y fuentes bien abastecidas de carnes frías: *aquí hay donoso*.



CACAHUATERO.

EL CACAHUATERO, con los frutos de su comercio aunados sobre petates de palma: *cacahuete tostado de horno*, *al buen cacahuete*, *pasen y preben*; ó bien: *al buen Salvatierra*, *apreben, apreben*.

LA TAMALERA, el consabido grito: *tamalitos cernidos, de chile, de dulce y de manteca*.

El ó la que vendía ciertos bebestrajos, también de pie detrás de una mesa con vasos de vidrio llenos de aguas fermentadas, coloradas ó amarillentas unas, y de incierto color otras, gritaba: *A la buena chicha fresca, aquí hay tepache, aquí hay tibico*. La *chicha* se hacía con cáscaras molidas de piña ó de manzana, mezclándoles azúcar, el *tepache* con asientos de pulque y con *piloncillo*, y á veces con polvo de canela, y el *tibico* con arroz de clase especial y con dulce de *panocha*. Sólo la *Buñolera* permanecía en silencio y muy afanada en estirar con las manos, sirviéndole de nú-

cleo la rodilla y sobre una servilleta, la maleable masa de harina, hasta que adquiría la forma de un delgado disco de 14 á 15 pulgadas



BUÑOLERA.

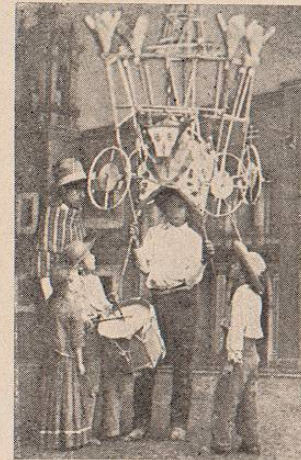
de diámetro, y luego lo echaba á freir en la sartén, teniendo cuidado de darle vuelta en la manteca requemada por medio de dos palillos. Hecho el buñuelo iba á dar con otros cincuenta ó más compañeros á un gran cesto, de donde pasaba muy rociado de miel, diáfana en demasía, al plato del comprador.

Los balcones y ventanas veíanse, en general, atestados de jóvenes y niños, que reclinados en los barandales gozaban de las palpitantes escenas de la verbena; en tanto que otros balcones sólo permanecían abiertos para dejar escapar libremente, la luz que emitían las arañas de cristal de algún salón, los acordes de un piano ó los acentos de la que, acompañada por éste, entonaba sus canciones, y pocos balcones, en fin, permanecían cerrados dejando percibir al través de sus cristales el contorno de un anciano con birrete que se cuidaba del viento, ó bien de una niñera que velaba sobre el tranquilo sueño de un angelito.

En la calle todo era ir y venir; unos por las aceras y otros por el centro, quedando de por medio los vendedores. Tan pronto se detenía un grupo ante la puerta de un figón para contemplar las sombras chinescas de varias figuras que, movidas por un rehilete á impulsos del viento, pasaban y volvían á pasar, proyectándose en el blanco papel de un farol ci-

lindrico que colgaba del dintel de aquella puerta, como se paraba otro á fin de observar los efectos pirotécnicos de los cohetes corredizos que, por una cuerda tendida diagonalmente de un extremo á otro de la calle, iban chillando seguidos de una cauda de abundantes chispas, para producir el estallido en los momentos en que daba la revuelta.

Los sonidos destemplados de un tambor, y á veces de una chirimía, y la grande algazara que se dejaba oír, llamaban de todos la atención hacia determinada calle. Un leperillo, precedido por el del tambor y seguido de la turba de muchachos, llevaba sobre sus hombros un petate viejo de palma á guisa de capisayo, y sobre el petate un armazón, en el que metía la cabeza, siendo la tal armadura el esqueleto de un torito de cartón, encohetado, con sus cuatro patas de carrizo rígidas y abiertas. A los sonidos desapacibles del tambor, aquel hombre iba y venía dando brinquetes y vueltas sobre sí mismo, por toda la calle, y los muchachos seguíanlo aturdiendo con sus gritos y chifidos, tratando de coger por las patas al torito, ó prendiendo *palomitas* y cohetillos, siempre con la tendencia de dirigirlos á quien en tales momentos era el punto objetivo de sus travesuras. Llegaba el momento, para todos tan deseado, de la prendida del torito: á la luz fosforescente que, caminando con lentitud, se advertía en una de las varillas del susodicho armazón, se escuchaba como un redoble el estallido de los cohetes de la primera rueda, que seguía girando echando chispas circularmente, bajo cuya tupida lluvia se metían á más y mejor los infernales muchachos, siempre dispuestos á echar por tierra al leperillo con su carga.



EL TORITO.

Terminados los efectos de la rueda, proseguía la luz fosforescente caminando hacia otro ángulo del armazón para prender la segunda rueda, y de la misma manera por la tercera

y cuarta, hasta la última pieza, especie de molinete, que se hallaba en la parte superior del aparato.

Durante todo este tiempo el tambor no cesaba de sonar, con su ritmo persistente y vivaz, lo que aumentaba la diversión y la alegría. Hubo vez que á poco de empezar á arder el torito, desapareciera éste desgarrado á manos de los muchachos, quienes corrían con los fragmentos encendidos yendo á confundirse entre la multitud, en medio de la cual estallaban los cohetes y producían sus efectos las ruedas chisperas, lo que naturalmente causaba gran desorden entre la masa de los paseantes y daba ocasión á los gritos de las asustadizas mujeres.

Los templete que en algunos cruceros de las calles se levantaban, formados de maderos y lienzos, estaban rodeados de gente del pueblo, agazapándose no pocos bajo el tablado, para escuchar con gran complacencia, los acordes de la música de viento.



LAS LUCES EN UN BARRIO.

Al través del humo que despedían los achones de los vendedores, distinguíanse de lejos, como sombras fantásticas, los *castillos* que se levantaban erguidos en el crucero de dos calles. El repique de las campanas del templo inmediato en que se celebraba la fiesta del Santo, era el anuncio de que habían terminado los solemnes maitines. Toda la gente que salía del templo iba á aumentar la densidad de la gran masa humana que se agitaba en las cercanías de los castillos para presenciar los juegos pirotécnicos que, como los de hoy, consistían en soles de chispas y jarrillas que giraban sobre sus ejes á impulso de los mismos cohetes, formando rehiletes de fuego y quedando iluminadas, al fin, con luces de Benga-

la, todo lo que iba reproduciéndose de un cuerpo á otro del castillo, hasta llegar al superior, en el cual, después de muchos tronidos, aparecía la imagen del Santo que se celebraba, dentro de un marco de luces de colores brillantísimos. Con la quema de los castillos y los toritos daba fin la verbena de aquella noche. Los balcones quedaban libres de las personas curiosas que los llenaban, las cuales se retiraban á sus alcobas, y si eran visitas, se apresuraban á tomar sus abrigos y á despedirse de los dueños de las casas para retirarse á sus moradas. La gente del pueblo, que desde las diez de la noche, hubieran ó no tronado los castillos, obligada por la intransigente disposición de las casas de vecindad, tomaba el camino de sus hogares, en tanto que los vendedores, unos cubrían con petates sus mercancías, y otros cargaban con las mesas del fiambre y de las aguas fermentadas y á poco el pitito del sereno, único sonido que hería los oídos de los que aún permanecían despiertos, anunciaba que las calles, poco ha tan animadas, quedaban desiertas y silenciosas y convertidos sus pavimentos en basureros, pues tal era la inmensa cantidad de cáscaras de frutas, particularmente de cacahuates, que los cubrían.

Las *luces* más notables eran las de la Merced, San Miguel, con motivo de la festividad de Nuestra Señora del Pilar, San Agustín, el Carmen, San José y Santa María.

* * *

Una nutrida salva de cohetes y repiques despertaban al vecindario á la hora del alba, anuncios de la solemne función religiosa que iba á celebrarse. En ésta casi siempre se cantaba la misa del maestro Lauro Rossi, director que fué de la gran Opera que actuaba allá por el año 1839 en el teatro Principal, misa compuesta en honor de la Virgen del Pilar, magistralmente ejecutada en San Miguel por los artistas de la Opera y bien pagada por el Doctor Aguirre cura de la parroquia. Como el objeto de este artículo es el de las procesiones, demos por efectuadas las funciones de iglesia que se celebraban con la misma solemnidad que hoy se acostumbra, y pasemos adelante.

Las calles por donde había de transitar la procesión cambiaban por completo de aspecto.

cortinas en los balcones, banderolas y gallardetes en algunas azoteas, lujosos *arcos* que no eran otra cosa que grandes cuerdas tendidas en alto, de una acera á otra, y en las cuales colgaban, doblados diagonalmente, pañolones de seda y á veces ricos mantones chinos, de los que había grande existencia en México, traídos antiguamente por la nao de Filipinas á Acapulco y después á Guaymas; otros arcos estaban formados de pañuelos de seda igualmente doblados y de cuyas puntas pendían obleas de colores, y otros de verdes tules adornados con la dorada flor del Xempoalxóchtli. Aquí se alzaba un templete para los músicos y por allí un altar ó posa; cortinajes y festones colgaban de los dinteles de las puertas y ventanas, y en algunas casas, particularmente

si eran panaderías, se observaba una cuerda diagonalmente tendida de la azotea á una reja baja de la acera contraria y era por la cual, en el momento oportuno, había de descender un ángel para derramar flores sobre la imagen predilecta que se llevaba en la procesión. Los muchachos, como siempre, apiñábanse acá y acullá, quiénes para recoger dulces ó cacahuates que de algún balcón les arrojaban, quienes para proveerse de *pambacitos* que desde una azotea echaban á la calle los panaderos,

los que, acostumbrados á vivir siempre en el encierro y en continua esclavitud, gozaban en tales días de verdadero solaz. De tiempo en tiempo veíanse á lo lejos, hendiendo el aire, miles de papeles de colores con versos impresos dedicados al santo de la fiesta. Músicas, repiques, cohetes y algazara, todo contribuía á hacer muy alegre y animada la fiesta: mas para que en ella no faltasen puntos negros que por momentos las deslucieran, veíanse hombres del pueblo ebrios que molestaban á todo el mundo y pendencieros que con puñal en mano, se atacaban como fieras y se mataban sin compasión. La gente que presenciaba ta-

les lances huía á todo correr, no tanto por el horror que les causara el siniestro drama, cuanto por librarse de la policía que echaba la garra á cuantos encontraba para que fuesen á declarar ante el alcalde del Cuartel, hoy comisario.

Restablecida la tranquilidad continuaba la fiesta. A la voz de: *ya viene la procesión*, apartábase la gente para formar calle, apiñándose en las aceras. La procesión desfilaba abriéndola las hermandades con faroles encendidos y precedidas de sus estandartes, á los que seguían los miembros de cofadrías con escapulario y vela encendida, y mosqueador; niños y niñas, interpolados de trecho en trecho, aquellos vestidos de ángeles ó indios polleros ó bien de San Juan Bautista según se ve en el dibujo de Villasana y éstas de almas gloriosas ó de in-



LA PROCESION.

ditas que iban derramando flores; la cruz alta y los ciriales precediendo á la comunidad religiosa, y á distancias regulares llevábanse en andas varias imágenes de Santos, siendo la última la de la festividad que, generalmente, era la Virgen de la Merced, la del Carmen ó la de Nuestra Señora del Pilar, imágenes sobre las cuales llovían las obleas de colores, papel picado y pétalos de diversas flores. Con dos ó más compañías de soldados que marchaban pausadamente, precedidas de su banda de música, daba fin la procesión, y yo con este artículo que harta fatiga me ha costado en fuerza de apurar la memoria.

